

Nombre:

Curso:

Fecha:

Intoxicación tamaño dragón

Gustav el dragón no solía encontrarse sin soluciones cuando de construir se trataba. Estaba acostumbrado a estar ocupado, y sobretodo cuando estaba desarrollando un encargo de su amigo Antón el zorro, las cosas solían salir bastante bien. Pero esta vez era diferente, aunque los planos de la casa del señor castor eran precisos, el olor adentro era espantoso debido a unas filtraciones que, a pesar de los grandes conocimientos en construcción que los dos tenían, no paraban de aparecer.

Lo único que le alegraba el día era la hermosa billetera de cuero curtido que había comprado río arriba hacía unos días. Ahora todos en la zona andaban con finas prendas de cuero gracias a la fábrica que se había instalado, y que no sólo daban descuentos a los habitantes vecinos, sino que además había traído bienestar y trabajo para todos. El cuero oscuro de esta billetera contrastaba hermosamente con su piel rojiza, y por más preocupado que estuviese por la casa del castor, cada vez que miraba este pequeñísimo detalle que a otros podría parecer insignificante, se alegraba aunque fuese unos segundos.



Estaba quemando una madera con las llamas de su boca, con mucho cuidado de no extender el fuego, haciendo ceniza para mezclar con el cemento. Aplicaría diferentes resinas para la nueva filtración de agua que aparecía. Gustav tenía hambre, hacer fuego consumía mucha energía, y era famoso por su apetito. Al terminar de hacer las cenizas, caminó al río y tomó grandes bocanadas de agua. Luego, tomó su caña y dedicó bastante tiempo a intentar atrapar algún pez, no fue fácil, y cuando por fin pudo saciar su hambre estaba agotado y cayó en un profundo sueño.

Gustav soñó con un bicho diminuto con afiladas garras y un aguijón en la cola que le recorría el cuerpo. Se metía por cada uno de sus órganos y le hacía sentir mucho dolor. A veces se asomaba por su ombligo, le hacía alguna mueca maliciosa y volvía a insertarse en sus entrañas. En un momento, al salir, le mostró su hermosa billetera que se había vuelto diminuta como el mismo bicho, que la había robado y se reía burlonamente.

Despertó agitado y sudando, se tocaba el ombligo desesperado y a pesar de darse cuenta de que todo había sido un sueño, seguía sintiendo un punzante dolor en el estómago. Se levantó y fue al baño, tenía la barriga suelta y cada vez se sentía peor. Tras tres días enfermo, el castor se empezaba a asustar. Mantenía hidratado a Gustav,

pero el pobre dragón no lograba comer nada. Se había adelgazado varios kilos, pero aún así era muy pesado para llevarlo con algún médico. Gustav escribió triste y asustado a su amigo Antón todo lo que le estaba pasando. Tanto de su enfermedad como de la casa, esperando que su inteligente amigo pudiera, como siempre, sacarlo de todas sus dudas.

Al recibir la carta, Antón no pudo sino saltar a una sola conclusión. Pero siendo meticuloso y minucioso, no se atrevió a decírsela siquiera en voz alta estando solo en su casa. Necesitaba hacer pruebas y analizarlas, pero para eso debía conseguirlas y claramente Gustav no estaba en condiciones de viajar. El zorro detestaba salir de su casa y pasó la noche en vela pensando en maneras de poder hacer los análisis necesarios sin salir de su cueva. Pensó y pensó, trazó planes inconclusos y rutas aleatorias. Pero ninguno se podría llevar a cabo en el tiempo suficiente para salvarle la vida a su amigo dragón. Sólo quedaba una opción, debía viajar él mismo.

Salió de su casa con una vieja maleta y con la garganta hecha un nudo. Su estómago se apretaba de miedo y no había permitido que entrara ni una taza de té al desayuno. Con una maraña de emociones mezcladas, salió con el paso más firme y decidido que pudo fingir. Pidió desde su celular un transporte que lo llevó hasta el río, allí tomó un barco y llegó al gran puerto. Desde ahí tuvo que caminar varias horas hasta encontrar la estación del tren nueva que llevaba hasta la fábrica de cueros. Al llegar, ya el miedo se había evaporado casi por completo, pero las horas sin comer y sin dormir empezaban a pasar su cuenta y se encontraba terriblemente irritable.

Gustav no podía creer lo que veía e incluso pensó que estaba alucinando debido a su malestar. Conocía bien a Antón y sabía lo que implicaba para él venir hasta este lugar tan lejano desde su pequeña cueva. Profundamente conmovido, dejó derramar una gran lágrima de su ojo. Antón no perdió tiempo, rechazó con un desagradable gesto el agua y el pescado que le ofreció el castor, se sentó al lado del paciente y se puso a trabajar de inmediato. Revisó sus pupilas, su gigantesca lengua y su temperatura. Tomó las cenizas que había hecho el dragón antes de caer enfermo, las puso en un pedazo de tela y empezó a filtrar agua. Luego la puso a hervir mientras con unas papeletas que traía entre su maleta medía el PH del agua.

Todos lo miraban en silencio, algunos hasta contenían la respiración para evitar hacer ruido y se quitaban del camino del zorro apenas le veían venir. Antón parecía no darse cuenta siquiera de su presencia. Trabajaba sin parar y constantemente sacudía su cabeza para despejar su cansada mente.

Finalmente, se detuvo, leyó sus anotaciones y se quitó las gafas. Se rascó suavemente los ojos y suspiró.



- - Los niveles de fósforo son muy bajos, mientras que el nitrógeno total Kendal

está a niveles escandalosamente altos. La demanda química de oxígeno, aunque no puedo saber en este punto si es por materia biodegradable o no, no podrá sostener la vida mucho más tiempo. Encontré indicios de cianuro, fosfatos y nitratos, claros indicios de contaminación de tipo agrícola e industrial. Finalmente, hay algunos compuestos orgánicos que hallé flotando en el río, incluyendo fenoles, lo cual ya empieza a propagar ese leve pero desagradable olor en el ambiente.

Todos permanecieron en silencio, demasiado penosos para expresar que, aunque habían escuchado todo con atención, realmente no habían entendido el significado de sus palabras. Finalmente, el pobre Gustav se movió incómodo y preguntó:

- Y bien, ¿me salvaré?

- ¡Claro!, tú sí, pero no se si el río corra con la misma suerte. Tú sólo debes hidratarte exclusivamente con agua filtrada y hervida, a la que debes adicionar una mezcla de sales que te voy a preparar. No debes comer pescado ni nada que provenga del río porque está demasiado contaminado para ser usado. De hecho, nadie deberá tomar de esta agua. Es probable que sus cuerpos, al consumirla poco a poco desde el inicio de su contaminación, estén lidiando mejor con su deterioro, pero puedo asegurarles que no estarán sanos suficiente tiempo.

Finalmente, la predicción que tanto temía el zorro verbalizar en su amada cueva estaba comprobada. La fábrica de cueros estaba contaminando el río con todos los procesos industriales de curtido. Además, con la alta necesidad de pieles, la cantidad de granjas había incrementado el uso de agroquímicos y desechos biológicos de la rivera. Era probable, además, que la acidez del agua no permitiera que el señor castor pudiera construir unas paredes lo suficientemente resistentes en su casa para evitar filtraciones.

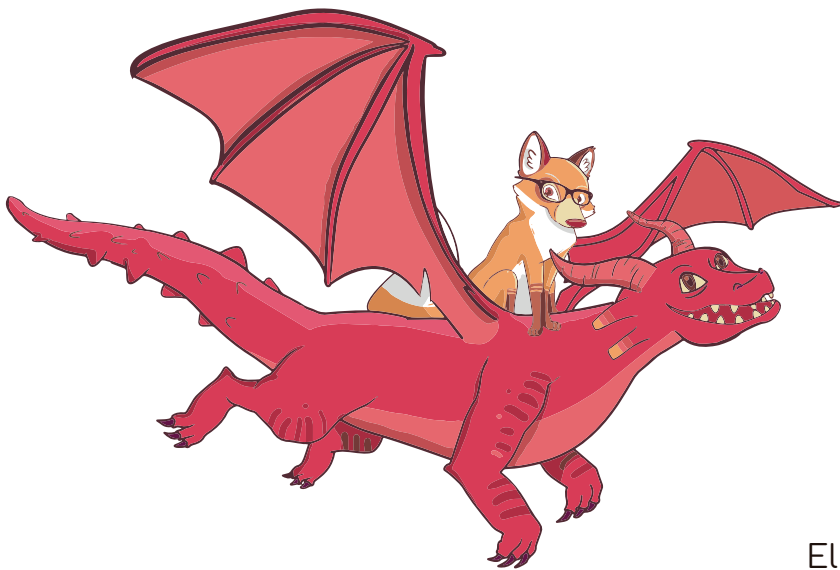
Al conocer esta información, los habitantes del río sintieron una gran contradicción. Entendían que no podían permitir que el río se siguiera contaminando. Además, siempre les había incomodado la cantidad de vacas que debían sacrificarse en la fábrica para la realización del cuero. Pero también reconocieron el bienestar que les había traído la fábrica en su vida cotidiana, trayendo trabajo y riqueza.

Afortunadamente, el astuto zorro venía preparado con soluciones. Trajo diferentes artículos escritos, algunos por él mismo, sobre alternativas al cuero. Siendo él un zorro con un hermoso pelaje, desde pequeño había sentido pánico ante la posibilidad de verse cazado y despellejado para convertirse en el abrigo de otro. Por esto, conocía procesos que permitían hacer cuero de piña, de coco biche y de hoja de teca. Sin embargo, estaban en un lugar muy alto y frío tanto para la piña como para el coco y el bosque era demasiado espeso para que creciera la teca.

A la hora de la cena, disfrutaron de una deliciosa sopa de champiñones, la especialidad de la zona. Con la barriga llena y viendo cada vez mejor a su amigo Gustav, Antón finalmente tuvo una grandiosa idea. Pasó horas investigando en su tablet hasta que encontró un artículo escrito por Phil Ross que explicaba cómo hacer cuero de champiñón. Era perfecto: biodegradable, sostenible y permitía hacer todo tipo de diseños. Además, en el denso bosque que rondaba el río, se encontraban por montones y de todo tipo.



Todos estaban increíblemente emocionados. Empezaron a hacer planes y reunieron a los dueños de la fábrica para mostrarles los efectos nocivos de su producción y para invitarlos a innovar con esta nueva manera de hacer cuero. El proceso fue lento y Antón, poco habituado a estar con tanta gente, se tornaba cada vez más melancólico. No era fácil para los dueños de la fábrica cambiar lo que venían haciendo desde hacía tanto tiempo. Les tomó muchas reuniones, argumentos, discusiones y consideraciones lograr convencerlos de que el cambio era inevitable, y que la comunidad del río no podría aceptar nada diferente.



En este tiempo, Gustav se recuperó por completo y, viendo lo mal que lo pasaba su amigo, se ofreció a llevarlo de vuelta a su bosque. Antón temía enormemente volar, pero considerando sus opciones, entendió que era su mejor opción. Así que sin mucha prisa se despidieron de todos. Antón estaba seguro de no volver a un lugar tan lejano, pero Gustav les prometió estar de vuelta tan pronto pudiera para ayudarles a ejecutar su proyecto.

El dragón estaba profundamente conmovido por la solidaridad de su amigo, quien odiaba salir de su cueva y nunca había siquiera considerado viajar fuera de su bosque. Voló con tranquilidad, sin hacer piruetas y evitando los vientos fuertes. Ya no sólo admiraba la astucia del zorro, sino que ahora había descubierto que tenía un gigantesco corazón. Quería de alguna forma agradecerle y al decirle Antón cómo podría ayudarlo no pudo evitar que una vez más, una gigantesca lágrima se le escapara.

Llegaron a la cueva y el zorro le enseñó el diseño de una cueva práctica e interesante. Reunieron los materiales y fueron hasta la gran peña que marcaba el final del bosque. Allí encontraron a la hechicera Mae que se encontraba absorta en sus lecturas. Entre los tres, pero sobre todo Gustav, cavaron, armaron andamios, construyeron y pintaron hasta terminar una sencilla pero práctica ampliación para la casa de la hechicera. Finalmente, el gran deseo de Antón era ayudar a una amiga a ampliar su casa, no quería nada para sí mismo. Su gran satisfacción era el bienestar de sus dos mejores amigos.